

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de la Plata, núm. 13.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,06
Idem atrasado.....	0,10

El aniversario.

(Continuación)

¿Qué elementos humanos se admiran junto a la Gruta de Lourdes? Enunciados en el artículo anterior, es justo que los examinemos en detalle.

La protagonista de estos acontecimientos es una niña de catorce años de edad, que quince días antes había sido retirada por sus padres de una pobre aldea, en donde vivió con su uodriz, y que no tuvo otra ocupación que la guarda de ovejas. El nuevo país le era desconocido, así como las gentes y el idioma, pues hablaba el patois de los Pirineos. Era tan limitada la instrucción religiosa de esta niña, que sólo sabía el Padre nuestro, y con él la devoción del rosario, pero sin otro conocimiento de las verdades de la fe. Tal es el instrumento providencial de aquellos hechos.

Bernardita dice que en el hueco de una roca ve una señora que le sonríe y que le habla. No sabe aquélla darle nombre. La aparición le exige la promesa de que vaya allí quince días, y a despecho del mandato de sus padres, de la prohibición de la Autoridad y de su propia timidez, una fuerza misteriosa la impele hacia la roca, y va. Algunos días de la quinceña la aparición no se le presenta, por confesión de la niña, y sin embargo, ésta va. Aun después de estos quince días, una inspiración interior la llama a la roca, y venciendo obstáculos, allí se encuentran la aparición y la niña.

Estos obstáculos, que se multiplican ante Bernardita, hubieran puesto temor aun en muchos *espíritus fuertes*, de los que a cada paso encontramos en nuestros días, valientes hasta la exageración cuando de monjas, curas y frailes se trata, pero ¡guarda, Pablito cuando puede aparecer la sombra de una punta de una espada.

No intimidó ésta a la humilde hija del jornalero Sonviores, porque su espíritu estaba mejor templado, cuando los gendarmes la pruden en nombre de la ley; pues ya empezaban los tiempos para Francia en que rezar era un crimen. El Comisario de policía Jacomet, acostumbrado a sorprender malhechores, quiso sorprender a Dios, y sujeta a la pobre niña a un interrogatorio largo, donde ya alhaga, ya amenaza, ya tergiversa los hechos, y usando y abusando de las mañas policíacas, no puede oger negativa ni contradicción. Por esta vez fracasó Jacomet, sin poder dar con la mano *oculta del clericalismo*, como en su profunda perspicacia esperaba.

Procurador imperial en Lourdes el Sr. Dutouz, se duele de la *invasión del fanatismo*, y Bernardita es llamada a responder a la Cámara del Tribunal, sin que las sutilezas desconciertan a la niña. Por disposición del Barón de Massey, Prefecto de Tarbes, *enemigo de toda superstición*, tal ha sido siempre la máscara para combatir el catolicismo desde Caiffás a Combes, el Alcalde Lacadé pide a la Autoridad militar ponga a sus órdenes la guarnición del fuerte para que cerquen y vigilen los caminos de la Gruta, prohibiendo después todo acceso a ella, y cercándole con una empalizada más tarde. El Ministro Sr. Bouland escribía al Prefecto: «os autorizo digáis en mi nombre (á Mons. Laurence, Obispo de Tarbes) que soy de opinión de no dejar correr libremente un estado de cosas que indudablemente serviría de pretexto para nuevos ataques contra el clero y la Religión». — Qué amigos ínteros, Bantoi! — Y en nombre de la libertad se multiplicaban los procesos contra todos aquellos que se aproximaban á los lugares de la aparición. En el mundo oficial de Lourdes todo era agitación, informaciones, órdenes y medidas preventivas. (Qué miedo á lo sobrenatural! ¡No hubieran hecho más ante Sedán con los búlanos!

¿Y por qué todo esto? Porque una pobre niña reza un día, y afirma que allí ve a una señora: en los días sucesivos la acompañan otras personas, que nada ven, pero que crean por el testimonio y el aspecto de la niña; más

tarde, ante las muchedumbres aumentadas, ven éstas brotar un manantial de donde manan milagros, y la Providencia hace servir, para aquilatar la verdad de lo sobrenatural, una persecución injusta, odiosa y resonante. ¡Así Dios, como siempre, escaba la salud de nuestros enemigos y nos la daba por la mano de todos los que nos aborrecen!

Oigamos, sobre estos acontecimientos, testigos presenciales, que nos hablan con la voz de la ciencia, de la imparcialidad y buen sentido. El notable Médico de la localidad, Doctor Doxons, ante las versiones de catalepsia, de alucinación, etc., con que los sabios, á poco trabajo, pretenden explicar lo que no entienden, se propuso estudiar este caso; y hé aquí lo que sacaba: «Esto no es ni la rigidez de la catalepsia ni el éxtasis inconsciente de los alucinados; aquí hay un hecho extraordinario, desconocido completamente para la Medicina. No hay ni unguis excitación fibril», decía al pulsar á Bernardita en uno de sus éxtasis.

El Sr. Estrada, funcionario público, que había asistido á los interrogatorios de Jacomet, como á los de la Cámara del Tribunal, hacía esta preciosa confesión: «Llegué (á la Gruta) muy dispuesto á examinarlo todo, y para ser franco, á burlarme y reírme, esperando encontrarme con una comedia, ó con grotescas faras... yo estaba junto á ella (Bernardita) observando en sus facciones infantiles aquel sello de dulzura, de inocencia y de profunda tranquilidad que días antes me había llamado la atención en casa del Comisario... yo nada vi, absolutamente nada, á no ser las desnudas ramas del rosal silvestre. Y, no obstante, ¿qué podré decir? Ante la transfiguración de la niña, todas mis preocupaciones anteriores, todas mis objeciones filosóficas, todas mis negaciones preconcebidas, cayeron de un golpe, haciendo lugar á un sentimiento extraordinario que me sobreelegió á mi pesar. Sentí la *certidumbre* y como la *irresistible intuición* de que allí se encontraba un ser misterioso.»

Dejemos ahora hablar al buen sentido. Ante las arbitrariedades de la administración, el buen sentido sublevado se dirige á Napoleón III en una exposición para decirle: Señor, no pretendemos decidir la cuestión de las apariciones de la Virgen, por más que, en fe de asombrosos milagros que aseguran haber visto con sus propios ojos casi todos en su este país, creen en la realidad de esas manifestaciones sobrenaturales. Lo que hay de seguro, y fuera de toda disputa, es que la fuente brota de improviso, y cuyo aprovechamiento se nos veda (á pesar del análisis químico, que declara su completa inocencia), no ha hecho daño á nadie; lo que hay de seguro es que, por el contrario, muchos declaran haber roobrado en ella la salud. En nombre de los derechos de la conciencia, independientes del poder humano, dejad á los fíates que vayau allí á rezar, si así les conviene. En nombre de las más sencillas nociones de la humanidad, dejad á los enfermos que vayan á curarse allí, si tal es su esperanza. En nombre de la libertad de las inteligencias, dejad á las almas que buscan la luz en el estudio y en el examen, que vayan allí á descubrir el error ó á hallar la verdad. Tan racionales ecos de la opinión imparcial tuvieron cabida en la razón fría é imparcial del Emperador, y después de resistencias de los subordnados á los telegramas desde Biarritz, publicaba Lacadé este bando:

«El Alcalde de la ciudad de Lourdes, en vista de las instrucciones que ha recibido, ordena: Queda derogado el bando que dictó el 8 de Junio de 1858.—Dado en Lourdes en las Casas Consistoriales el 5 de Octubre de 1858.—El Alcalde, A. Lacadé.»

Poco tiempo después el Prefecto, el Procurador general y el Comisario de policía eran trasladados del departamento, como después, y en este año, la mayoría de las Cámaras francesas abandonan á Combes, cuando, según la Prensa, se disponía á cerrar el Santuario de Lourdes. ¿Será Lourdes una manifestación de lo sobrenatural? Proponemos á la irreligiosidad, que lo niega, á que medite y que dé solución á este dilema, que un historiador de los aconteci-

mientos de que nos ocupamos, propone: «Allí no se veía nada, absolutamente nada, á no ser una pobre niña en oración, diciendo que veía y que oía. Cuento más era pequeña la causa en la apariencia, más inexplicable humanamente se presentaba el efecto. Era preciso ó que el reflejo de lo alto sobre aquella niña fuese realmente visible, ó que el soplo de Dios, que agita como le place los corazones, hubiera pasado sobre aquellas multitudes.»

En uno ó otro caso, esta es la revelación de lo sobrenatural.

¿Cómo juzgaban de los acontecimientos los que repugnan lo sobrenatural? Meros compiladores de la historia, lo expondremos en el número próximo.

J. M. Campoy.

(Continuación.)

LA VOZ DE LAS MONTAÑAS

ALUDES Ó AVALANCHAS

Si no se fundieran las nieves que anualmente caen sobre las cimas de las altas montañas, es evidente que éstas aumentarían gradualmente en altura, y así llegaría un día en que las modificaciones de la atracción destruirían el sistema de la gravitación universal, acabando el mundo cósmico por convertirse en lo contrario de lo que hoy es.

Mas la gran sabiduría del Creador, previniendo estos inconvenientes, al pronunciar aquel inimitable fiat, que sacó de la nada cuanto existe y puede existir, dispuso los fenómenos del globo terrestre de modo que las nieves no permanezcan sobre las altas cimas, y empezando la obra de destrucción con los efectos del calor del sol y la acción de los meteoros, con ayuda de la niebla, los vientos y otros agudes, aseguró el equilibrio planetario con los aludes ó avalanchas, fenómenos que, normalmente, se producen en la economía de las montañas para arrancar la nieve que sobra, arrastrarla al fondo de los valles para exponerla más directamente á la acción del calor.

Quien haya subido á una de esas montañas coronadas de nieves perpetuas, que luego suelen ser inagotable manantial de aguas para la tierra y para el hombre, habrá observado en los fiaccos profundos surcos ó endiaduras verticales de forma generalmente acanalada, en donde se deposita la nieve, formando grandes masas, que luego se derrumban, produciendo siempre incalculables pérdidas y á veces grandes catástrofes. Los viejos montañeses, por la experiencia que ya tienen, pueden precisar hasta la hora en que han de desprenderse esas grandes masas de agua solidificada, con sólo observar el aspecto que presentan las superficies.

Cuando los aludes se resuelven por medio del calor natural, y la presión que sobre las capas superiores ejercen las inferiores, nada hay que temer, pues las capas de nieve se van teniendo poco á poco, y con el agua, en que se transforman, aumentan los caudales de los ríos, de los arroyos y de las fuentes, y con la humedad que producen refrescan y fertilizan las tierras.

No sucede así con las avalanchas sólidas, muy terribles por sus efectos, y casi siempre acompañadas de formidables torbellinos. Formanse estos aludes por la acumulación extraordinaria de capas de nieve que se unen más á las anteriormente depositadas, y basta la menor causa para alterar el equilibrio inestable de las capas superiores y provocar el derrumbamiento. Un animal que pasa, una voz fuerte, el ruido de una donación, una piedra que rueda, la rama que se desajaja del árbol ó la vibración de un eco, son suficientes para que la nieve fresca se desprenda y resbale sobre las capas endurecidas que la sostienen. Las leyes de la gravedad y los declives del terreno aceleran el movimiento judicial de aquella masa, y los hielos, los residuos que encuentra por donde atraviesa, los pedazos que se desprenden de las rocas, las mallozas arrancadas, etc., aumentan su volumen, su peso y su velocidad.... La avalancha multi-

plica su velocidad con la celeridad del vértigo, salta sobre los taludes y vallados, arrastra los ventiqueros, tala los árboles, arrasa los jardines y los campos, y sin que haya fuerza que pueda detenerla, sigue su camino furioso, dejando detrás de sí una polvareda de nieve que sube á la atmósfera como si fuera humo blanco. El aire, lateralmente comprimido, silba á derecha é izquierda, despertando los ecos dormidos en las anfractuosidades de las gargantas y se acentúa por sus respiraciones continuadas de uno en otro valle, como la voz de Dios que avisa sus castigos á los hombres. ¡Esta es la voz grandiosa y terriblemente sublime de las montañas!

Electro.

Villanueva del Arzobispo.

Para los anticlericales.

¡Haced otro tanto!

Al finalizar el siglo anterior, los misioneros católicos esparcidos entre los pueblos salvajes eran unos 300. Hoy, á pesar de las persecuciones, á pesar de la guerra encarnizada que se hace á la religión, de una ó de otra manera en todas partes, hay cerca de 62.000 de diferentes institutos, en escuelas, casas de refugio, hospitales, etc.; 62.000 misioneros exponen su vida por llevar á los pueblos salvajes la verdadera civilización.

62.000 ejemplos vivientes que la religión católica puede presentar á sus enemigos, diciéndoles: ¡Haced otro tanto!

POLÉMICA

UN RECORRIDO Á LOS HISTORIADORES DE PERRO CHICO

El influjo de la Iglesia, en la sociedad, no sólo es el que produce el verdadero progreso, sino que, sin su acción bienhechora, ni hubiéramos salido de la seclavitud, ni hubiéramos llegado al grado de ilustración que hoy disfrutamos.

Esta proposición no se refiere á algún escritor-zuelo, cuyos conocimientos los debe á los sacerdotes que le instruyeron y costearon casi toda su carrera, y que ahora escribe contra la Iglesia, como hijo agradecido, sin duda, sino á los que dicen que la Iglesia es un obstáculo al progreso.

Probaré mi aserto con testimonios de herejes y apóstatas de todas clases. ¡Vaya un publicitilo!

Senkenber, célebre juriconsulto protestante, abogado-obrero, como si dijéramos, del siglo pasado, dice así: «Puede asegurarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que no hay en la Historia un solo ejemplo de un Papa que haya procedido contra aquellos Príncipes que, contentándose con sus legítimos derechos, no hayan acometido la original empresa de convertir su potestad en tiranía.»

Voltaire, en su *Ensayo sobre la Historia*, de aquellos tiempos calamitosos en que los Pontífices Romanos trabaron sus grandes luchas con los Emperadores de Alemania, dice: «En aquellos tiempos desgraciados, el Pontificado y casi todos los Obispos estaban puestos á pública subasta; si la autoridad de los Emperadores hubiera prevalecido, los Pontífices no hubieran sido otra cosa sino sus capellanes, y hubiera venido sobre la Italia la más dura de las servidumbres.»

«Poco importante es, dice Leibniz, que la primacía del Papa sobre los Reyes haya tenido su origen en el derecho divino ó en el humano, si es cosa puesta fuera de duda que los Pontífices han ejercido esta autoridad durante muchos siglos, con asentimiento universal y universal aplauso.» Y á Gramercet, le dice lo siguiente: «Yo sería de parecer que se estableciese en Roma un tribunal para fallar los pleitos de los Príncipes, y que fuera su Presidente el Pontífice Romano, recobrando aquella potestad judicial que ejerció en otro tiempo con los Reyes.»